

Erri De Luca

**El peso de la mariposa**

Traducción del italiano  
de Carlos Gumpert

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Su madre había sido abatida por el cazador. En sus fosas nasales de cachorro se clavó el olor del hombre y el de la pólvora del disparo.

Huérfano junto a su hermana, sin manada alguna cerca, aprendió por su cuenta. Creció una talla más respecto a los machos de su especie. Su hermana fue capturada por el águila un día de invierno y de nubes. Ella se percató de que estaba suspendida por encima de ellos, aislados en un prado al sur, donde aún resistía algo de hierba amarillenta. La hermana se percataba del águila incluso sin ver su sombra en la tierra, con el cielo cerrado.

Para uno de los dos no había esperanza. Su

hermana se lanzó a la carrera en dirección al águila, y fue capturada.

Al quedarse solo, creció sin freno ni compañía. Cuando estuvo listo, salió al encuentro de la primera manada, desafió al macho dominante y lo venció. Se proclamó rey en un día y en un duelo.

Los rebecos no se emplean a fondo en sus enfrentamientos, el vencedor se establece tras los primeros choques. No embisten como los íbices o las cabras. Bajan la cabeza hasta el suelo e intentan introducir sus cuernos, ligeramente curvados, bajo el abdomen del adversario. Si la rendición no es inmediata, ensartan el vientre y lo desgarran tirando hacia atrás con el cuello. Es raro que lleguen a este desenlace.

Con él fue distinto, había crecido sin reglas y las impuso. El día del duelo lucía sobre ellos el magnífico cielo de noviembre y en la hierba había montoncillos de nieve fresca, en minoría aún. Las hembras entran en celo antes del invierno y traen al mundo a sus hijos en plena primavera. En noviembre se desafían los rebecos.

Entró en el campo de la manada de repente, surgiendo desde lo alto con un brinco desde una roca. Las hembras huyeron con los pequeños de aquel año, se quedó el macho que pateó la hierba con las pezuñas anteriores.

En lo alto se amontonaron alas negras de cornejas y grajos. Suspendidas en las corrientes ascensionales, observaron el duelo abierto en forma de libro a sus pies. El joven macho solitario avanzó, golpeó con la pezuña en el terreno y resopló tajante. El choque fue violento y breve. Los cuernos del desafiante abrieron una brecha en la defensa y el cuerno izquierdo enganchó el vientre del adversario. Lo dilaceró con un chasquido de desgarró y en lo alto estalló el fragor de las alas. Los pájaros proclamaban al vencido a ellos destinado. El rebeco destripado huyó perdiendo las vísceras, perseguido. Las alas se retiraron del cielo y bajaron a tierra a devorarlas. La huida del vencido se quebró de golpe, clavó las pezuñas y cayó sobre un costado.